

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica los días 15 y 24 de cada mes.

DIRECTOR PROPIETARIO,  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
S. Sebastian-75.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripción.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.  
Solo se admite suscripción por trimtre.

Se remite á la Isla franca de porte.

## VARIEDADES.

Por indisposicion de nuestro Director, nos vemos precisados á dejar para el número siguiente la continuacion del "Extracto de la Divina Comedia" que veniamos publicando, así como algun otro trabajo que para este número preparaba aquél.

El Domingo 21 del corriente se verificó en el teatro de esta Capital la funcion dramática infantil que, con el plausible objeto de consagrar su producto á la benéfica asociacion de la Cruz Roja, dispuso el conocido profesor Don Francisco Cortés, y en la que tomaron parte los niños de su Colegio.

El público tuvo ocasion de complacerse ante la ejecucion de las obritas que se pusieron en escena, y en las que algunos de los ejecutantes, segun hemos oido á varios concurrentes, mostraron aptitudes superiores á su edad.

Con frecuencia oímos á la banda de Artillería tocar en las retretas, con la precision y propiedad que sabe imprimirla su inteligente director el Sr. Aruti, algunas piezas de los autores mas celebrados en la actualidad.

No somos partidarios exclusivos de escuela alguna. Nos placen por igual, aunque de distinto modo, todas las producciones del género bueno; pero dada la iniciativa que demuestra el referido artista director y su buen gusto en escoger, nos prometemos recordar de vez en cuando la música de obras maestras, que hoy se tocan frecuentemente en los centros musicales del mundo, y conocer algunas nuevas de las que solo el nombre llega á nuestro oido.

En arte, queremos lo bueno aunque no sea nuevo; y lo nuevo con tal de que sea bueno.

## ESPECTÁCULOS ROMANOS.

### LOS ANFITEATROS Y LOS GLADIADORES.

Solo en el territorio del antiguo y vasto imperio romano se encuentran ruinas de anfiteatros, y esta diversion es quizá la única que los romanos no importaron de sus conquistas, sino que al contrario propagaron ellos por todos los pueblos conquistados. La Grecia mientras permaneció independiente y conservó su libertad, no conoció estos combates bárbaros de hombres y animales, y solo cuando ya era tributaria de Roma y estaba degenerada y vencida logró Antíoco aficionarla á estos sangrientos espectáculos, y entonces se elevaron algunos anfiteatros en varias ciudades de la Grecia. Pero los atenienenses, este pueblo artista

por excelencia, rechazaron siempre con repugnancia la ferocidad de estos juegos romanos.

Se verificaban en los anfiteatros romanos dos clases de combates. Primera los combates de animales unos con otros ó de hombres con animales, á lo cual indistintamente daban el nombre de *Bestiaria*, y segunda los combates de hombres ó gladiadores, á pie ó á caballo.

Destinábanse tambien á veces los anfiteatros á otra clase de espectáculos, tales como á la ejecucion de ciertos condenados á muerte que entregaban al brazo del verdugo ó á los animales feroces; de esta manera fué como murieron en los anfiteatros, despedazados por los tigres y leones, muchos de los primeros cristianos. Á los leones los cristianos á los leones, gritaba en el foro y en las plazas públicas aquel pueblo ávido de sangre y supersticioso cada vez que Roma amenazada por todas partes de los que llamaba bárbaros, descendía un nuevo escalon de su antiguo esplendor; y los emperadores para acallar los gritos de la multitud y apartar de sus cabezas culpables los furioses de la plaza pública, enviaban á morir en la arena á centenares los discípulos de Cristo, que al espirar destrozados por las fieras podían ya presentir el momento en que sus hermanos de religion serian á su vez señores de Roma.

Los combates de animales se llamaban como ya hemos dicho *bestiaria*, y tambien solia dárselos el nombre de *venationes*, cazas. Cuantas clases de animales pueden imaginarse, combatían en el anfiteatro, desde los elefantes y leones hasta el erizo, y la liebre, desde el buitre y el avestruz, hasta los pájaros mas pequeños: un dia bajo el imperio de Probo se halló el público al entrar en el anfiteatro convertida la arena en un bosque de árboles arrancados de las inmediaciones de Roma y trasplantados durante la noche, dándose allí combates de todas especies. Otro dia hizo convertir la arena en un lago (como cuando se daban combates de navios ó *naumachias*) y se dió un combate de varios animales marinos y de cocodrilos.

Syla y su yerno Seaurus fueron los primeros que sacaron á la arena tigres y leones. Pompeyo hizo combatir veinte elefantes, cuatrocientos diez panteiras y seiscientos leones; César, cuatrocientos leones y cuarenta elefantes; y Augusto, tres mil quinientas bestias feroces. Segun Entropio, perecieron en la arena del Coliseo el dia de la apertura de este edificio cinco mil animales, y Dion hace subir este número á nueve mil. En tiempo de Trajano murieron combatiendo en el anfiteatro para celebrar la derrota de los Partos, once mil animales. Volpino cuenta que en tiempo de Probo aparecieron á la vez en el anfiteatro mil avestruces, mil ciervos y mil jabalíes.

Á los hombres que combatian con los animales se les designaba algunas veces con el nombre general de gladiadores; pero tenian tambien su nombre particular y los llamaban *bestiaria*.

El origen de los combates de gladiadores parece haber sido el sacrificio de victimas humanas á los dioses. En los primitivos tiempos de la antigüedad era casi general en todos los pueblos la costumbre de inmolár á los prisioneros sobre la tumba de los guer-

rereros, y á los esclavos sobre la de su señor. Los etruscos, y segun algunos autores, los habitantes de Campania dieron en Italia á los romanos el ejemplo de estos juegos fúnebres. Pero inmolarse así hombres indefensos, era una barbarie desagradable para un pueblo tan heroico como el romano: así pues, se dejó á las víctimas (*bustuarii*) matarse ellas mismas unas á otras en torno de la pira. Segun parece los combates de gladiadores en los funerales de personajes ilustres, dieron principio en Roma hácia el año 490 de su fundacion; y bien pronto insensiblemente personas de menor categoria tuvieron tambien á su muerte su holocausto de victimas humanas. Esta clase de espectáculo se llamaba *munus* porque en un principio era en cierto modo un deber piadoso, y el que lo daba se llamaba *munerarius* ó *munerator*. El pueblo se aficionó de una manera prodigiosa á estas sangrientas ceremonias, y al fin fueron excluidas de los funerales convirtiéndolas en diversiones públicas que se verificaban al principio en el foro, despues en una parte del circo, y por último se edificaron y consagraron para ellas los anfiteatros.

Creon algunos que M. y D. Bruto fueron los primeros que presentaron á la muerte de su padre, seis gladiadores en el año 488: en el de 537 los tres hijos de Augur Emilio Lepido hicieron combatir once parejas en el foro durante tres dias este espectáculo; en 552 otros tres hijos de Valerio Lavinio hicieron combatir veinte y cinco parejas. Despues el número fué aumentándose indefinidamente.

En los tiempos del imperio llegó á tanto el delirio por esta clase de espectáculos, que se vió á los patricios y hasta las mujeres de las mas ilustres familias mezclarse en la arena con los gladiadores. Augusto dió sucesivamente varios edictos prohibiendo á los senadores y á los caballeros tomar parte en los combates de los gladiadores; pero muchos de sus sucesores, lejos de seguir su ejemplo, excitaron y aun obligaron muchas veces á la nobleza á luchar delante del pueblo. Cuentan que Neron hizo un dia combatir en el anfiteatro á cuatrocientos senadores y seiscientos caballeros. Por el contrario, Marco Aurelio no solo redujo los excesivos gastos que ocasionaban estos repugnantes espectáculos, sino que quiso que en adelante no usasen los gladiadores para el combate mas que armas con la punta y filos embotados; pero su hijo Cómodo restituyó á estas fiestas toda su antigua crueldad, y él mismo probó á menudo sus fuerzas y su destreza con las de los gladiadores. Solo el creciente influjo del cristianismo consiguió al cabo abolir esta bárbara costumbre. Constantino publicó el primer edicto prohibiendo derramar la sangre humana, pero la costumbre tuvo mas fuerza que su poder. Por el año 404 cuenta Gibbon un suceso singular: el emperador Honorio celebraba con magníficas fiestas la retirada de los godos y la libertad de Roma, y durante ella un monge de Asia llamado Telémaco tuvo la audacia de bajar á la arena y separar á los combatientes: el pueblo furioso contra el que interrumpia sus placeres, le mató allí mismo á pedradas; pero á poco por una reaccion que la modificacion religiosa del espíritu público en aquella época esplica perfectamente, el pueblo se arrepintió de su crimen, y concediendo á Telémaco los honores del martirio, se sometió sin murmurar á la voluntad de Honorio que suprimió los combates de anfiteatro. Con todo, solo bajo el reinado de Teóдорico en el año 500 fué cuando cesaron enteramente estos espectáculos.

El nombre de *gladiator* se deriva como se ve claramente de la palabra *gladium* espada: los gladiadores eran ó prisioneros de guerra, ó esclavos condenados, ó hombres libres á quienes la miseria obligaba á alquilarse ó venderse para combatir en la arena á peña: de las pocas probabilidades que tenian de salir vivos de ella. Los empresarios de esta clase de fiestas compraban prisioneros, esclavos ó hombres libres y los mantenian en casas llamadas *Ludi*: generalmente estos hombres eran robustos, de buena presencia, y se les alimentaba con esmero. Una especie de maestros de armas llamados *Lamistae*, los enseñaban á manejarlas por principios y los ejercitaban en ellas, preparándolos para las solemnidades populares en que casi todos debian morir. Estos empresarios vendian en seguida sus gladiadores á los magistrados ó á los ciudadanos ricos codiciosos de popularidad, la cual procuraban adquirir dando al pueblo estos espectácu-

los. Petronio cita un juramento de gladiadores concebido en estos términos: "Juramos, repitiendo las palabras de Eumolpus, sufrir la muerte en el fuego, en las cadenas bajo el látigo ó por la espada. Juramos, en una palabra, someternos absolutamente á la voluntad de Eumolpus cualquiera que esta sea, como verdaderos gladiadores."

Dividíanse estos en muchas clases y se les daban diferentes nombres segun las armas de que se servían ó segun su modo de combatir. Los *Secutores* llevaban un casco, un escudo y una espada, ó una maza con una bola de plomo, y combatian comunmente con los *retiarii* que llevaban un tridente y un lazo: cuando los *retiarii* arrojaban sin éxito á sus contrarios el lazo, eran perseguidos por los *Secutores* (*sequi sequi*). Los *Tracios* tenian una daga, un puñal y el escudo redondo; *Mirmilii* llamaban al que usaban de una hoz, un escudo y un casco que remataba por arriba en una figura de pescado: llamábaseles tambien *Galos* y se cantaba mucho en el anfiteatro una cancion popular en que se hallaban estas palabras irónicas: *Non le peto piscem peto. Quid me fugis Galle?* Porqué me huyes Galo? no es á tí sino á tu pescado á quien persigo. Los *Samnitas* ó *hoplomachi* (armados de pléa á cabeza) llevaban un cinturón ó tahali con sable, un escudo de plata cincelado, una bota en la pierna izquierda y un casco con penacho. Los *essedari* combatian en carros pequeños; los *andabates* á caballo y con los ojos vendados, y los *laquearii* con un cordón, etc. Además de estos nombres recibian otros los gladiadores segun las circunstancias particulares de cada uno; llamaban *meridiani* á los que estaban reservados para la hora de mediodia; *suppositi* á los que reemplazaban á sus camaradas fatigados ó vencidos; *postulati* á los que el pueblo pedia que saliesen á la arena, y *cateruari* á los que combatian en tropas ó cuadrillas.

El valor y la fuerza de los gladiadores, cuyo número era en Roma muy considerable, sirvieron mas de una vez á los movimientos populares. Ciudadanos poderosos, con el pretexto de proveer á las diversiones del pueblo, alimentaban familias de gladiadores, segun la expresion adoptada, teniéndolos así dispuestos á sostener sus pretensiones en las guerras civiles. Cuando la conjuracion de Catilina se procuraron tomar medidas para impedir que los gladiadores se juntaran á los conjurados, y el terror que ellos inspiraron á Ciceron y sus amigos era tanto mas fundado, cuanto que habian sido testigos de su valor en la guerra con *Spartaco*. Siguiendo el ejemplo desde el año 281, en el triunfo de Probo, ochenta gladiadores se negaron á entrar en la arena y degollarse unos á otros para diversion de Roma, y matando á los que les guardaban, rompieron las puertas y esparciéndose por la ciudad, herian con sus armas á cuantos les estorbaban el paso, y fué necesario mandar contra ellos tropas regulares, que al fin, y no sin trabajo los derrotaron no dejando uno con vida.

M. de Clarac ha visto en una pared de Pompeya un anuncio de anfiteatro concebido en estos términos: "La cuadrilla de gladiadores de Numerio Festo Ampliato combatirá por segunda vez en el anfiteatro el 16 de las calendas de junio." Los anuncios indicaban ordinariamente además de los nombres y señas de los gladiadores, el número de los que debian combatir y el tiempo fijado para la duracion de la representacion. Tambien á veces representaban pintadas en lienzo las principales escenas que se proponian ofrecer al público; el editor de los juegos ó el *Villicus* redactaba y publicaba estos anuncios.

En el centro de la arena se elevaba un altar consagrado á Diana, á Pluton ó á Júpiter Latiarius (protector del Lacio.) Si hemos de creer á las interpretaciones que se han hecho de ciertos pasajes de algunos escritores antiguos, hubo la costumbre durante largo tiempo de sacrificar un *bestiarius* sobre dicho altar.

Los combatientes entraban en la arena en solemne procesion por las extremidades de la elipse, y emparejados dos á dos llevando unas veces armas diferentes, otras iguales, despues de haber ejercitado cada pareja de estas su fuerza y destreza y conocerse que eran casi iguales. Pasaban así formados por delante del palco del emperador y le saludaban con las armas y con la sabida frase *morituri te salutant*. Los que van á morir te saludan.

En seguida preludiaban el combate con palos ó bastones, con armas de madera ó de acero embotadas,



(arma ilusoria) pero pronto al toque de la trompeta tomaban sus armas homicidas, las cuales se habían antes registrado con esmero para ver si las puntas y filos estaban bien acerados y aguzados.

Cuando era herido un gladiador y no caía, el pueblo gritaba *hoc habet!* (Ese tiene, ese está herido) y entonces el desgraciado se veía obligado á bajar las armas y levantaba el dedo índice para implorar el perdón del pueblo; éste, si el vencido se había batido con valor, si había sido herido á traición ó conservaba un aspecto animoso, en una palabra, si había logrado excitar poderosamente el interés en su favor, los espectadores bajaban el dedo pulgar en señal de perdonarle la vida, lo cual según la condición del gladiador podía entenderse ó para siempre ó que se le reservaba para el próximo combate; pero si los espectadores estaban en mala disposición de espíritu, si su deseo de ver correr sangre humana no se había saciado lo bastante, cerraban la mano y levantaban el dedo pulgar señalando á los combatientes: al momento el gladiador vencedor acababa de matar al vencido, que muchas veces estudiaba, como un actor trágico en la escena, el modo de morir con gracia y dignidad, para arrancar al menos en sus últimos instantes algunos aplausos á la multitud: Cicerón proponía como modelos de constancia y de valor á los gladiadores que morían de esta suerte en la arena. ¿Qué hubiera dicho si hubiese llegado á ver mas adelante morir á las doncellas cristianas?

Si el emperador entraba repentinamente en el anfiteatro durante el combate, á los gladiadores heridos en aquel momento se les perdonaba la vida; algunas veces tenían tambien las vestales este derecho de perdonar, y así mismo el que daba á su costa el espectáculo. Muerto un gladiador, acudían unos esclavos y arrastraban su cuerpo con un grande hierro fuera de la arena, sacándole por la *puerta de la muerte* (*libitinensis*) para conducirlos al *spoliarium*, sitio donde los despojaban de sus armas. El vencedor recibía siempre una recompensa, que consistía unas veces en cierta cantidad de dinero, otras en una rama ó guirnalda de laurel adornada de cintas de color, otras en el baston llamado *rudis* que volvía la libertad al gladiador si no era esclavo, y en caso de serlo le dispensaba únicamente de la obligación de combatir en adelante como gladiador.

Hércules era el Dios protector de los gladiadores: los *rudiarios*, es decir, los que recobraban su libertad, colgaban las armas en su templo.

Pocos monumentos de la escultura antigua han llegado hasta nosotros de los cuales pueda decirse con certeza que representan escenas de anfiteatro. El mas precioso de todos es la tumba de Scaro en Pompeya, cuyos bajos relieves de estuco representan infinidad de escenas del anfiteatro: combates de fieras unas con otras; de estas con los bestiaros y combates de gladiadores. Sería muy dilatado y oscuro dar á nuestros lectores una descripción de estos bajos relieves no pudiendo acompañarlos con un dibujo de ellos que ayudase á la inteligencia del texto; por lo tanto nos limitaremos á decir que en dichos bajos relieves se hallan, digámoslo así, como compendiadas todas las escenas de una función de anfiteatro, y justamente en la época en que la riqueza y esplendor de los romanos para esta clase de espectáculos había llegado hasta su mas alto punto.

Millín que cree como algunos otros que las estatuas del gladiador moribundo que se halla en Roma y otras varias que se tienen por figuras de gladiadores no son mas que estatuas de guerreros; no cita mas que los siguientes como representación auténtica y antigua de aquellos. La del célebre Batón á quien Caracalla mandó hacer magníficos funerales: su estatua está colocada sobre un cipo fúnebre en la villa de Pamphili: no está desnuda, sino que tiene sobre el pecho muchas bandas de metal, y la misma clase de armadura cubre sus piernas: lleva además un collar. En el mosaico de la villa Albani se ve á un *retiario* llamado Artijanax y á un *mirmilio* llamado Calendiús, los cuales tienen cubiertas las piernas con planchas de metal, y visten una túnica sujeta con un cinturón. Detrás de ellos está el *lamista* que lleva un baston, signo de su ministerio, y los excita á combatir. En otro mosaico del mismo museo los gladiadores están vestidos lo mismo que los anteriores, solo que uno de ellos tiene en el casco dos grandes alas que

recuerdan el gran penacho que los gladiadores habían tomado de los samnitas.

Hace pocos años que se descubrió en Cometo una tumba etrusca, en la que se ve una pintura representando un combate de gladiadores en un anfiteatro, cuya gradería está sostenida por un tinglado de madera.

## II.

La palabra anfiteatro compuesta de las griegas *amphi* y *theatroi* (teatro doble ó teatro de dos lados) la aplicaron los griegos y los romanos á una construcción compuesta de dos teatros ó semicirculos reunidos desde donde los espectadores colocados en circulo veían igualmente bien todo lo que pasaba en el centro llamado *arena*, por ser su piso generalmente de esta materia.

Al principio los anfiteatros fueron solo un vasto foso abierto en la tierra, y los espectadores se colocaban sentados al rededor, de pié ó sentados en el suelo y bordes del foso.

Se cree que el primer anfiteatro construido en Roma fué el de Cayo Scribonio Curio, el cual se componía exactamente de dos teatros de madera, que, dándose mutuamente la espalda, giraban despues de la representación teatral con los espectadores que en ellos estaban sentados y se unían por sus extremos, de suerte que quitadas las *escenas* estos dos teatros formaban un solo anfiteatro. Se construyeron despues de éste otros anfiteatros de madera en el campo de Marte, hasta que Statilio Tauro amigo de Augusto, construyó uno de piedra en Roma el año 725 de la fundación de esta ciudad, el cual se quemó en tiempo de Neron, fué restaurado en seguida y por último demolido completamente. Los demás anfiteatros de Roma de que hay noticia por los recuerdos, tradiciones y ruinas son: el anfiteatro *castrense* edificado en la colina de los Esquilos; el *Coliseo* ó anfiteatro Flaviano que aún existe, y que Benedicto XIV para sustraerle al continuo deterioro que en él causaban los habitantes de Roma, puso bajo la protección de la memoria de los mártires; y finalmente, el anfiteatro edificado por Trajano en el campo de Marte y destruido por Adriano.

Ya hemos dicho lo que se llamaba *arena*: en este sitio era en donde se daban los combates de animales y gladiadores y se hacían otros varios juegos de espectáculo. Puede tenerse fácilmente una idea de esta parte del anfiteatro figurándose dos orquestas de teatro antiguo unida una á otra por los extremos que tocan á la escena, y alargadas de modo que formen un óvalo en vez de un circulo. Tambien hemos dicho que el piso de este espacio estaba cubierto de arena de donde tomaba el nombre: esto se hacía para que se absorbiese y ocultase fácilmente la sangre de los hombres y los animales muertos en el combate, y tambien para que los combatientes pudiesen afirmar bien sus plantas; cubriase tambien este suelo algunas veces con caparrosa, con cinabro ó bermellon y hasta con polvos de oro. En algunas ocasiones se adornaba la arena con decoraciones naturales, trasplantando á ella árboles, ó se llenaba de agua para los juegos de Nayades ó de Sirenas y para los combates de navios ó de pescadores. Las decoraciones salían de unas trampas abiertas en la arena que conducían á construcciones subterráneas, así como el agua salía por unas aberturas naturales practicadas en la dirección de las *caveas*. Llamábanse así las celdas ó bóvedas construidas en torno de la arena donde se encerraban los animales destinados al combate.

Las puertas de la *cavea* estaban abiertas en un muro que rodeaba la arena, y sobre este muro descansaba un antepecho en forma de muelle ó paseo llamado *podium*: entre el *podium* de unos 12 ó 15 piés de elevación y la arena había comunmente fosos llenos de agua ó *euripes* para que los animales no pudiesen saltar á donde se hallaban los espectadores. Al principio se ponían en lugar de fosos redes ó enrejados de hierro ó de madera. El *podium* estaba adornado con columnas ó balaustradas y muchas veces con pinturas al fresco. En él se disponía ántes de empezar la representación el *suggestus* asiento imperial cubierto, cuando aún no había palco construido expresamente para el soberano, y asimismo las sillas curules ó *bucelli*, colocándose tambien en él los cónsules, senadores, embaja-

dores, vestales, magistrados, y el *editor* ó empresario de los juegos.

Detrás del *podium* se elevaba la gradería general dividida horizontalmente en varios pisos y verticalmente en secciones (*cunei*) por medio de escaleras ó galerías (*præcinctiones*) á las cuales entraban los espectadores por medio de aberturas practicadas en diversas *præcinctiones* y que se llamaban *vomitoria*.

Detrás de los senadores en los dos primeros órdenes ó *præcinctiones*, estaban colocados los colegios de sacerdotes, los caballeros, los tribunos civiles y militares y los ciudadanos romanos, y detrás de éstos se colocaba el pueblo (*populæria*) dividido en tres secciones, los hombres primero, después las mujeres y en lo mas alto de la gradería los esclavos. Mas tarde Augusto señaló además sitios diferentes á los hombres casados, á los celibatarios, á los jóvenes, y á los pedregos que acompañaban á estos últimos.

Para dar una idea de la forma de un anfiteatro mirado á vista de pájaro, le compara un arqueólogo á un cráter cuya cavidad va disminuyendo de alto á bajo.

Los anfiteatros contenían comunmente de treinta á cuarenta mil espectadores, pero el coliseo, según las indagaciones de Fontana, podía contener en las representaciones extraordinarias y con la adición de sillas portátiles, mas de 100,000, y esto es poco comparado con la vasta extensión de los círculos destinados á las carreras de carros y caballos en los cuales cabían hasta 300,000 espectadores.

La dirección general del anfiteatro pertenecía á un empleado que tenía por título *villicus amphitheatri*, y otros empleados subalternos llamados *cunearii* et *locarii* cuidaban de la colocación de los espectadores.

La fachada exterior de los anfiteatros estaba dividida en pisos adornados de arcadas, columnas, pilastras en mas ó menos número y algunas veces de estatuas. El Coliseo tenía cuatro pisos.

En cuanto al velo ó toldo (*velarium*) que protegía á los espectadores contra el Sol y la lluvia, no fué introducido en Roma hasta los últimos tiempos de la república.

Quinto Catulo, según dicen muchos autores, queriendo imitar el lujo de Capua, hizo desplegar el primero al aire los velos de púrpura en los juegos y fiestas que dió al pueblo en celebridad de la restauración é inauguración del Capitolio. Léntulo Spinther, contemporáneo de Cicerón, en las fiestas que celebró en honor de Apolo, hizo tender sobre el teatro telas de la mayor finura. Julio César excitó la admiración de los romanos cubriendo con un velo ó toldo todo el foro, y la vía sacra desde su casa hasta el Capitolio. Neron enriqueció un velo de púrpura con bordados de oro, los cuales le representaban á él en el centro bajo la figura de Apolo guiando los caballos del sol y rodeado de brillantes estrellas de oro. Este velo espléndido fué hecho para la célebre fiesta de oro con la cual el emperador quiso obsequiar á Tiridates á quien había dado el reino de Armenia. Toda la escena, todas las decoraciones estaban doradas, los actores mismos se presentaron vestidos de telas de oro, y este metal se esparció hecho polvo hasta en la orquesta. Se desplegó en fin un lujo de pura barbarie que hubiera excitado el desden de los griegos.

Lucrecio en el cuarto libro de su poema describe las modificaciones de luz que resultan del uso del *velarium*. "Tal es el efecto que producen esos velos amarillos, rojos ó negros suspendidos de las columnas de nuestros teatros, y flotando á merced del aire en su vasto recinto. El resplandor de estos velos se refleja en todos los espectadores y en la escena. Los senadores, las damas y las estatuas de los dioses se tiñen de una luz movable, y su grato reflejo tiene tanto mayor encanto para los ojos cuanto mas cuidadosamente cubierto esté el teatro y deje menos acceso á la luz del día."

Aún se conservan en las ruinas del teatro de Pompeya algunos anillos de los que servían para fijar el velo ó toldo: en algunos teatros y anfiteatros eran los matelotes los encargados de esta operación. Cuenta-se que un día el emperador Calígula les mandó quitar súbitamente el *velarium* á una señal suya, para tener el gusto de ver caer el sol de repente y aplomo sobre las cabezas de los espectadores: la asamblea estupefacta al principio, quiso en seguida abandonar el teatro, pero el emperador, dice Suetonio, mandó cerrar

las puertas y prohibió que ninguna persona abandonase su puesto hasta el fin de la representación. También se sabe que Cómodo que se mezclaba á veces en los combates de los gladiadores, creyendo que el pueblo se burlaba de él, ordenó á los matelotes, ocupados en aquel momento en tender el velo, que mataran allí mismo á los culpables.

Los que saben por experiencia cuan difícil es sostener extendidas anchas telas, sobre todo cuando se carece en el centro de un punto de apoyo, sentirán que los autores latinos no nos hayan dejado una descripción mas satisfactoria de los medios mecánicos que empleaban para esto. Fontana ha dibujado el plan de un velo ó toldo de anfiteatro, pero sin dar explicaciones.

Además del coliseo ó anfiteatro Flaviano en Roma, los principales anfiteatros cuyas ruinas están lo bastante conservadas para estudiarlas con utilidad, son los siguientes. En Alba, pequeño pueblo del Lacio, se reconocen los restos de un anfiteatro cerca del convento de capuchinos; otro existe cerca del Tiber en Otricoli pueblo de Umbria; otro cerca del Garigliano, río Liris en otro tiempo, el cual está copstruido de ladrillos; otro en Puzziolo en el cual aún se conserva una parte de las arcadas y de las jaulas ó cuevas en que encerraban á las fieras. En Sutrium hay otro de construcción etrusca, otro en Capua, otro en Verona, otro al pié de Montecasino vecino á la casa de Varron, otro en Pesto, otro en Siracusa, otro en Agriento, otro en Catania, otro en Argos, otro en Corinto y otro magnífico en Istria. En nuestra España el de Mérida en Extremadura, es uno de los mas grandes y mejor conservados que se conocen á pesar del abandono en que se tiene esta preciosa ruina. Por último, en Francia los de Arlés y Nimes son los mas bien conservados.

## EN EL POLO.

Surcando de los mares glaciales,  
Las frías ondas, que en costas de hielo,  
Tristes rumores elevando al cielo  
Solitarias estrellan sus cristales;  
Voga la nave, sin amparo y rota,  
Y sobre helados témpanos que cuaja  
El frío de la atmósfera, y desgaja  
El rudo golpear del oleaje,  
Del vaiven á merced, sin rumbo flota.

Immensa es la quietud! triste el paisaje!  
Pálido sol que apenas se levanta,  
Y apenas si nació, muere en la cuna,  
Con marchitos fulgores la ilumina;  
Ni á diez leguas de allí crece una planta  
Ni en la noche fatal brilla la luna,  
Ni se escucha un rumor, ni un ave trina,  
Aquí las costas de perpetuo hielo;  
Allí la mar glacial, encima el cielo,  
Tristeza en derredor, natura inerte.  
Do quier la negra sombra de la muerte.  
De pronto, de las olas al empuje  
Estalla el casco, la madera cruje,  
Suenan voces de gente, lastimeras,  
Que luchan con la muerte en ansias fieras.  
Todo cesa despues..... El viento ruje.  
Se hunde la nave lenta y silenciosa,  
Y léjos los marinos de sus lares,  
Hallan por fin allí, por toda losa  
La helada superficie de los mares.

Y léjos de allí en tanto, primavera  
Engalana la tierra con sus flores,  
Y libre vuela mas feliz esfera  
Bajo un cielo de luz y de colores.

José Ycart.



## DOLORA.

La vaga region del viento  
do todo es silencio y calma,  
solitaria surca un alma  
en busca del sacro asiento.  
Un ángel en su camino  
encuentra resplandeciente,  
que es de la extension luciente  
el centinela divino.

— ¿De dó vienes? — con profundo  
acento al par que armonioso,  
pregunta el ángel glorioso;  
y el alma dice: — Del mundo.

— ¿De quién fuiste? —  
— Yo animé  
el barro de una hermosura;  
de una niña, criatura  
toda pasión, toda fé.  
Niña que á los quince abríles  
había sufrido tanto,  
que la dió muerte el quebranto  
con sus angustias febriles.

— Porqué sufrió?

— Por amor.

— ¿Amó mucho?

— ¡Inmensamente!

— Llegó á empeñarse su frente?

— No, que toda era pudor.

— Porqué murió?

— Porque aquél

á quien amó con locura,  
vió y adoró á otra hermosura,  
siendo perjuro é infiel.

¡Piedad no tuvo, ángel mío,  
de quien le amó desde niña  
cual la flor de la campiña  
á la gota de rocío!

— ¿Padeció, pues, el martirio  
sin átomo de bonanza  
de un amor sin esperanza?

— Sí; y murió en atroz delirio.....

— Y á dónde alma inmaculada,  
diriges ahora el vuelo?

— ¿en pos de qué vés?

— ¡Del cielo!

— Vé, pues, que esa es tu morada.

Vé, pobre mártir de amor,  
que sus puertas nunca cierra  
á quien padeció en la tierra  
el infierno del dolor.

Vé hácia allá, vé, vírgen alma,  
que tu reino no es del mundo;  
de tu martirio profundo  
allí te aguarda la palma.....

.....  
El alma fuése elevando  
al Empíreo con delicia,  
y el ángel de la justicia  
mas almas quedó esperando.

Antonio Hernandez Perez.

## A MI VERDADERA EVA.

La flor podría darme una idea de tí, pero ¡cuán  
leve!.....; tú, que eres la flor del pensil humano! Y  
sin embargo, al buscar en los campos tu compañera, no  
te encuentro semejante. Al ver tu belleza, te creería  
una rosa; al sentir tu perfume, te creería un jazmín;  
lirio te creerían mis ojos, al ver la ternura de tu sem-  
blante; azucena, al percibir tu aroma de pureza; al  
oir tus castos pensamientos, te creería de la familia del  
azahar, tus palabras harían que te creyese un he-  
liotropo, emblema del amor delicado; pero no: tú no

tienes rival, ni compañera entre las flores: eres mas que  
una flor.

El ave podría también ofrecerte una imagen de tí;  
pero cuando te creo paloma, te hallo mas cándida que  
la paloma; cuando tórtola, te hallo mas apasionada y  
tierna que la tórtola; la calandria no es tan dulce en  
sus acentos, el ruiseñor, el jilguero y aun la tierna alon-  
dra, no te igualan cuando me hablas la lengua de tu  
corazon: tu palabra es el canto mas dulce, la lengua  
melodiosa del alma. ¡Ah, no!..... ¡no hay ave que  
se te parezca!

¿Podrían darme los astros alguna semejanza de tí?  
En vano contemplo en tu cabellera blonda, la constela-  
cion de Berenice; en vano contemplo á Vénus, el mas  
hermoso de los planetas; tú eres mas bella que aquel  
lucero que la mañana y la tarde llevan en su frente  
como adorno. La dulce luz de Diana no es como la  
que en torno esparces, como la que ilumina por tí, mi  
corazon; tú eres una luna que tiene luz propia, eres un  
Sol: tu luz es brillante, pero mas dulce que la del padre  
del dia: ilumina, sin quemar. Sí, eres mas que un astro.

Yo te creería una huri, al sentir á tu lado la gloria  
de un paraiso. Y en verdad que aquellas vírgenes de  
formas inefables, de amor eterno, sin hastío, sin celos y  
sin pesares y siempre vírgenes, podrían ofrecerte una  
imagen de tí; pero al ver que tú tienes lo que aquellas  
no: un alma celeste que revela otro cielo de amor mas  
puro, una bienandanza mas virginal; te creo lo que  
eres, lo que fuiste, lo que no puedes dejar de ser: mas  
que huri, mas que astro, mas que ave, mas que flor.....  
¡un ángel, el mas bello y luminoso de los ángeles!!.....

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

## LAS DOS NUBES.

1ª.

¿De dónde subes? del lago;  
allí en sus aguas azules  
le dí color á mis túles;  
Y tú? de la mar bravía  
ella meció entre sus ondas  
mis primeras gasas blondas.....

2ª.

¿A dónde vas? voy hermana  
á dar mi gota postrera  
al lago donde naciera:  
Y dó vas tú? yo me inclino  
á dar mis últimas brumas  
del mar entre las espumas:  
Voy á morir; yo también:  
¡¡¡Adios!!! y en opuesto giro.  
descendieron; cada una  
á dar su postrer suspiro  
al lugar que fué su cuna.

FIDELA M. DE R.

Febrero de 1875.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

## DON ALONSO DE AGUILAR.

El espíritu guerrero del siglo XV hubiera bastado  
por sí solo á destruir en España el imperio árabe, aun  
cuando las continuas guerras civiles de los musulmanes  
no hubiesen ofrecido á los reyes católicos las inmensas  
ventajas de luchar con un contrario desunido. Había  
una causa natural y grande para que toda España fuese  
un campamento militar; teníamos en nuestro mismo sue-  
lo un poderoso enemigo que no satisfecho con llamarse  
rey de Granada, aspiraba acaso á ensanchar su domi-

nación y llevaba frecuentemente al hogar contrario la consternación y el espanto. De la continua alarma en que vivían los cristianos, y del deseo ardiente de exterminar al enemigo común de su religión y de su patria, nació ese espíritu guerrero de que hablamos. Por todas partes se hacían aprestos militares; los jóvenes para quienes la guerra era un pasatiempo y la gloria el único galardón, andaban ansiosos á alistarse en las banderas de Isabel y de Fernando: no había uno solo que no ardiese de entusiasmo al escuchar el ruido de las armas y el mágico sonido del clarín de guerra. Uno de los primeros que ofreció á los reyes su espada y sus bienes, fué D. Alonso de Córdova, señor de la casa de Aguilar, una de las principales de Castilla. Era Don Alonso hermano de Don Gonzalo de Córdova, llamado después el Gran Capitán. En los primeros encuentros que tuvo con los moros mostró su pericia militar, y enseñó á sus soldados el camino de la victoria. Después de la batalla de Lucena en que el mismo rey Boabdil quedó prisionero de los cristianos, salió Don Alonso con algunos soldados en busca de los moros que capitaneaba el fiero Aliatar. Bien pronto se trabó un encarnizado combate; la espada de Don Alonso difundía el terror y el espanto en las filas del enemigo. Divisóle Aliatar á tiempo que Don Alonso estaba vuelto de espaldas, y le arrojó su lanza para atravesarle; pero el golpe solo le arrancó el coselete sin herirle. Echóse en seguida espada en mano sobre Don Alonso que ya le esperaba con la suya, y empeñóse entre los dos un combate sangriento, si bien Don Alonso compadecido de la avanzada edad del moro, le intimó que se rindiese prometiendo perdonarle la vida. “Rendirme á un perro cristiano? respondió Aliatar, jamás.” Pues bien; muere, dijo Don Alonso dirigiéndole una cuchillada que partió el turbante y la cabeza del moro. Muerto Aliatar, creció la confusión en el ejército moro de tal modo, que no acertaron á defenderse y huyeron desordenadamente dejando en el campo mas de cinco mil, entre muertos y prisioneros. En todo el tiempo que se empleó para la conquista de Granada, no hubo un choque de consideración en el que no se encontrase Don Alonso, mereciendo siempre distinguirse entre tanto héroes como concurrieron á aquella empresa. Era grande la estimación que hacían de él los reyes católicos. Después de la conquista de Granada, le nombraron para apaciguar á los moros, que empezando á manifestar su disgusto y la poca paciencia con que sufrían el yugo de los cristianos, se retiraron á las asperezas de Sierra Bermeja, donde levantaron el estandarte de la rebelión y se hicieron fuertes, despreciando los consejos de los cristianos. No vaciló Don Alonso en acometer tan difícil empresa, para la que se le señaló un corto número de tropas, casi insignificantes al efecto. Contaba á la sazón 50 años de edad, los que había pasado casi todos en la guerra. Su cuerpo acostumbrado á las fatigas había adquirido la consistencia del hierro. Á todo el vigor de la juventud unía la experiencia de tantos encuentros en las guerras anteriores, “Sus armas y arreos habían llegado á ser parte de su naturaleza, y “puesto á caballo parecía un hombre de acero.”

Le acompañaba su hijo Don Pedro de Córdova, que tenía apenas 20 años y daba repetidas muestras de que con el tiempo sería uno de los principales guerreros de España. “El pueblo de Córdova, viendo como el “veterano padre, vencedor de mil batallas llevaba á su “hijo á la guerra, se acordó del apellido de esta familia y “dijeron: *Ved el águila enseñando á su hijo á volar; “viva el valeroso linaje de los Aguilares.*”

Los condes de Ureña y de Cifuentes acompañaban también á Don Alonso, como asimismo algunos misiioneros, con el fin de reducir á los moros con ruegos y promesas. Los de la tierra fácilmente se sosegaron; pero los gaudules, moros de Berbería, que andaban entre ellos capitaneados por el Ferí de Benastepar, se obstinaron en defenderse y juraron no rendirse jamás á los cristianos. A sus instancias arrastraron á los pocos moros rebeldes que les seguían, y les hicieron condu-

cir sus familias y efectos á los lugares mas fragosos de Sierra Bermeja. En un llano que hay en lo mas alto de la sierra colocaron sus mujeres é hijos y todo el equipaje, y en las entradas ó llanos que presentaba aquel sitio juntaron montes de piedras de tal modo que pudieran á su debido tiempo rodar sobre los cristianos. Sentaron estos sus reales á las inmediaciones de Monarca, lugar fuerte que está situado al pié de la sierra. Bajaron los moros de la montaña y se colocaron en la ladera, junto á un arroyo que los separaba de sus contrarios. Trascurridos algunos dias sin que unos ni otros rompiesen las hostilidades, una tarde algunos soldados cristianos tomaron una bandera, pasaron el arroyo y empezaron á subir sin orden ni concierto por lo mas erizado de la sierra: estimulados los demás por este ejemplo, tomaron parte en la pelea empezada. Sentía Don Alonso que sus soldados se empeñasen en luchar frente á frente con un enemigo superior en número y que ocupaba mejor posición. Cuando el rey le había pedido su consejo para enfrenar aquella rebelión, le expuso francamente la necesidad de reunir doble número de soldados que los que se le señalaban para sofocarla: así es que cuando los condes de Ureña y de Cifuentes, viendo empeñado el combate, se acercaron á pedirle consejo, respondió. “Mi consejo, en Córdova lo “dí, y allá se quedó: la empresa es temeraria; pero “pues tenemos á los moros delante, salgamos á ello, que “si en nosotros conocen flaqueza, crecerá su ánimo y será mayor nuestro peligro: adelante, pues, y confiamos “en Dios, que será nuestra la victoria.”

Trabóse la batalla mas sangrienta en la que tomaron parte cuantos se hallaban presentes de uno y otro lado; defendíanse los moros arrojando una lluvia de piedras y de saetas; pero acosados por los cristianos fueron perdiendo todas las posiciones y se replegaron al llano que estaba en la eminencia, donde hicieron en vano el último esfuerzo; pues Don Alonso y su hijo al frente de trescientos hombres les obligaron á huir desordenadamente. Esto mismo que debiera haberles proporcionado la victoria fué causa bastante para que sufriesen la derrota mas completa. Cebados los soldados en el rico botín de los moros, se derramaron por el monte y arrojaron las armas para cargar con los efectos. El Ferí que hacía los mayores esfuerzos por contener á los suyos, advirtió el desorden de sus contrarios y gritada á cada paso: “soldados, amigos, ¿dónde “vais? ¿dónde huiréis que no os alcance el enemigo? “Así abandonais vuestras mujeres é hijos? volved á “defenderlas y no pongais la esperanza en los pies teniendo armas en las manos.” Pegóse fuego á este tiempo á un barril de pólvora que iluminó momentáneamente todo aquel sitio y dió á conocer á los moros el desorden de los cristianos, que fueron acometidos por todas partes cuando no podían defenderse. Solo Don Alonso se mantuvo firme en tan peligroso trance, y algunos de los suyos le propusieron al fin abandonar la cumbre. “No, dijo Don Alonso, que la casa de los Aguilares “nunca volvió las espaldas en batallas de moros.” Y al acabar de decir estas palabras vió caer á su hijo Don Pedro herido de una flecha. En vano eran todos los esfuerzos; uno después de otro fueron sacrificados cuanto se hallaban al rededor de Don Alonso. Por fin, acosado este héroe por la muchedumbre que le cercaba, herido en el pecho, solo, sin caballo, las corazas desenlazadas, se defendía entre dos peñas haciendo prodigios de valor. Divisóle el Ferí, y separándose de sus compañeros, se asió á brazos con él. “Yo soy Don Alonso! dijo: nuestro héroe. “Yo soy “el Ferí de Benastepar,” replicó el moro, y clavándole al mismo tiempo un puñal, dió con él muerto en el campo.

De este modo murió Don Alonso de Aguilar, el mas poderoso y magnánimo de los grandes de Castilla; era justo y discreto, y era el quinto señor de su casa, que había muerto en batallas de moros.

En vano fueron los esfuerzos del conde de Ureña, y había logrado con muchas dificultades reunir á algunos



de los suyos con los cuales volvió á Córdoba, trayendo un corto número de prisioneros que refirieron el trágico fin de Don Alonso. El pueblo de Córdoba lloró su pérdida y acompañó su cadáver á la iglesia de San Hipólito, donde fué depositado. Su hija Doña Catalina hizo componer su tumba, algunos años después, y examinando el cuerpo, hallaron entre los huesos un gran hierro de lanza. El nombre de Don Alonso ha sido siempre muy celebrado por cronistas y poetas; y su desgraciada muerte sirvió de asunto á muchos romances; todavía se repite con afecto en Córdoba una letrilla que manifiesta el sentimiento que les causó su trágico fin, y el resentimiento que tenían al de Ureña, á quien culpaban de haberle abandonado en el peligro.

Decid, conde de Ureña:

¿Don Alonso dónde queda?

La ternura de estos versos hace derramar lágrimas á todos los que estudiando la historia de aquellos tiempos, llegan á tomar un vivo interés por la suerte de este caballero, modelo de virtud y de heroísmo.

## LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARIS.

### TERCER VIAJE.

*La pupila del cochero.—La calle del Cuadrante.—Enganche de dos carruajes.*

—¡Oh! no hay mal alguno, contestó Leonardo confuso é intimidado.... Cuando no se conoce á las personas.... además, nada hay que decir contra ese muchacho.

—Ya sabéis que hace muy poco tiempo que tenemos coche, dijo el joven.

—Y venis á vernos tan raramente, amigo mío, añadió una voz que salía de la media-fortuna.

Era la de la linda joven que se había acercado á la portezuela, y aunque sonriendo al ver á Leonardo, le dirigía una mirada de reconvencción.

—¿No nos amais ya? le dijo. El lunes es el día de mi cumpleaños.... espero que no lo habreis olvidado.

—¡No! ¡no!

—Cuento con que os veremos.

—Sí, sí.... trataré de ir, contestó el pobre Leonardo, mas turbado y desconcertado aun á la vista de la joven que con la presencia del mancebo, y sin saber casi lo que hacía, se ocupó en remediar el mal, lo que consiguió gracias á la ayuda de Esteban; en seguida, después de saludar de mala manera á la pareja, volvió á subir en el cabriolé.

—¿No me pediais noticias de Julieta? me dijo con aspereza; ¡pues bien! ahora acabais de verla.

—¡Cómo! ¿aquella linda joven?

—La misma; ya veis que no ha muerto, y lanzó un profundo suspiro.

En el mismo instante llegamos al palacio de Justicia. Pero como quería saber el fin de la historia, ó mas bien la historia entera, dije á Leonardo que viniera á buscarme, al salir del tribunal.

### CUARTO VIAJE

*Las dos viudas.—Napoleon iluminado.—Una cofia que cuesta un millon.*

Leonardo fue exacto á la cita. Ya no parecia el mismo hombre que por la mañana. Sus ojos brillaban de animación, su tez mas clara mostraba aún en su colorido el rubor que repentinamente se le había subido al rostro al ver á los dos jóvenes.

Hícele esta observación y me contestó:

—¿Qué quereis? Cuando la veo, su sola vista me embriaga por el resto del día; vuelvo á tener fiebre.

¿La amais mucho segun eso?

—Demasiado, caballero, demasiado! ¡La he amado demasiado! ¡Caramba! Cuando uno cria á un niño.

Y se calló como si temiera decirme mas.

—Aunque no sois su padre, sin embargo os debe la vida, y el cariño se aumenta con los beneficios, le dije

como una cosa común, pero en realidad para recordarle que sabía el principio de la historia de su protegida y excitarle á confiarle el resto.

—¡Oh!.... ¿Sabéis?... es verdad; os lo conté, hace tiempo.

—Hace tiempo, le contesté, me presentasteis á vuestra pupila.... en la calle del Cuadrante.... Una presentación en forma.... á distancia respetuosa.... cuatro pisos.

—¡Eh!.... ¡qué linda era entonces! dijo Leonardo sonriendo.

—No la encuentro menos ahora.

—Sin duda... pero entonces ella no quería mas que á mí y á mi pobre madre. ¡Ah! cuando pienso en aquella época y en los años que siguieron... ¡Era tan feliz!

—¿No lo sois ahora mi pobre Leonardo?

—No, señor. Callóse, y poco después empezó á hablar de Julieta y de los primeros años que habían transcurrido en la Calle del Cuadrante.

La niña había crecido á su lado tanto en edad como en gracia; su carácter se desenvolvía, y al contrario de la generalidad de los demás niños de su edad, se presentaba tranquilo y grave. En sus grandes ojos negros, el pensamiento se reflejaba precoz y lleno de ilusiones; hubiérase dicho que tenía el instinto de las desgracias que la habían amenazado tan corto tiempo después de su entrada en el mundo, ó que ella había conservado su recuerdo. Julieta saltó por encima de esa primera época risueña de la vida. Su grande alegría solo se mostraba á la vista del sol; á la idea de un paseo en los Bulevares ó en el jardín del Palacio real, donde le gustaba encontrarse entre las grandes señoras, perfectamente ataviadas; un pedazo de cinta le agradaba mas que todas las muñecas y los dulces del mundo. En la niña se dejaba ya ver la joven.

Por lo demás, muñecos y dulces no podían abundar en casa del pobre cochero; y sin embargo había una rivalidad entre éste y su madre á ver quien rodeaba de mas cuidados afectuosos á Julieta. Pensando sin cesar en su hija adoptiva, Leonardo había llegado á exajerar la ternura y la debilidad de la paternidad.

—A menudo, en medio del día se podía ver su carruaje, en lugar de estacionarse en alguno de los sitios destinados al efecto, permanecer inactivo y vacío delante de la callejuela de la calle del Cuadrante. Al pasar por allí Leonardo subía á su casa y no pudiendo ofrecer á su *nena* juguetes demasiado caros para él, y que además no eran muy de su gusto, le traía algunas flores artificiales bastante descoloridas, algunos pedazos de telas que pedía humildemente á una modista que se servía de su cabriolé. Algunas veces tambien hacía gastos, y por poco que alguna circunstancia le sirviera de excusa, se complacía en hacer arrojar un grito de admiración á Julieta á la vista de un cinturón de terciopelo ú otro objeto semejante. Un día, bajo pretexto de ser el de San Leonardo, le regaló un par de pendientes dorados y esmaltados, acompañados de sortijas adornadas de piedras, todo encerrado en una caja especial, aderezo completo que la industria parisiense ha conseguido fabricar y ofrecer al público al precio corriente de 25 sueldos.

Su madre le decía entonces:

—Leonardo, no solo pierdes tu tiempo y tu dinero, sino que tambien echas á perder á Julieta.

—Dejadme, madre, contestaba el honrado cochero; puesto que hoy es mi día es menester que me divierta un poco.... y ella tambien.

Y la buena vieja después de reñir á su hijo, tambien se complacía en satisfacer los caprichos de la niña.

Todas las mañanas buenas se veía á Mme. Toureau (este era el nombre de la madre de Leonardo) con su vestido de viuda que usaba hacia quince años; con su pañuelo al cuello de cuadros encarnados, cuyas puntas caían sobre su espalda encorbada; con su cofia de grandes pliegues formando una aureola de tela blanca al rededor de su frente arrugada y morena, pasear por el Bulevar con una admirable resignación, á una linda niña vestida con suma rareza, de mil telas variadas y distintas. Esta con un aire grave y solemne mostraba con orgullo sus joyas falsas tanto en los dedos, como en el cuello y orejas, llevando en sus largos cabellos negros, cuidadosamente peinados, alguna flor de oropel, lo que completaba un vestido algo carnavalesco.

Si alguno de los que pasaban volvía la cabeza para examinar de una ojeada este contraste notable, Mme. Toureau decía en voz baja:

— No tengais cuidado, buenas gentes; si tuviera quince años no la pasearía de esta manera. ¡De qué tendré yo aire, gran Dios!

Julietta fue la primera en renunciar á este lujo; pero conservó una afición decidida á vestirse bien, afición que modificó, sin embargo, de año en año y la hizo al fin llegar gradualmente al conocimiento de ese gran arte, tan precioso sobre todo para las jóvenes pobres, de distinguirse por su sencillez. Es verdad que la naturaleza la ayudó.

Entretanto la educación de Julietta amenazaba ser muy incompleta. A los ocho años no tenía la menor idea de la lectura; la madre Toureau no podía enseñarle lo que ella misma ignoraba, y Leonardo no tenía tiempo para ello. Además siempre pensando en lo que podía agradar á su *nena*, le hubiese disgustado la idea de causarle un pesar con el estudio.

Afortunadamente en el mismo piso que Mme. Toureau vivía una tal Mme. Lardenais que se ocupaba en iluminar estampas; y como tenía en su taller diez jóvenes aprendices que empleaban su tiempo en iluminar una porción de obras iconográficas de todas clases, Julietta, fuese por el encanto que las estampas tenían para ella, ó por el deseo tan natural, en verdad, de mezclarse con otras muchachas vivas, alegres, habladoras, algunas de las cuales tenían pocos años mas que ella, pasaba una gran parte del día en su compañía y pronto llegó á ser el objeto del cariño general.

En los momentos de descanso y recreo, las mayores hacían el papel de mamá con ella, la adornaban, la ataviaban, la peinaban para hacerla mas bonita aún; era su niña, su muñeca. A una de ellas se le puso en la cabeza enseñarla á leer, y todas, ó casi todas, se asociaron para la ejecución de esta grande obra. Julietta se prestó gustosa á ello, excitada por el deseo de poder explicarse por sus leyendas y sus inscripciones todas aquellas imágenes y estampas, que nada querían decir para ella. Hasta en las horas de trabajo, iba de unas á otras con el dedo sobre una letra preguntando su nombre. Así fue como jugando, casi sin pensar en ello, bajo la inspección de una docena de profesores no universitarios, aprendió esta ciencia tan difícil, tan caprichosa, tan enfadosa.

La viuda Lardenais se encargó enseguida de perfeccionarla con lecciones particulares, y al cabo de un año y algunos meses Julietta leía casi corrientemente. Su saber en este particular se detuvo en este punto, hasta un nuevo acontecimiento, por haberse empeñado Mme. Lardenais en iniciarla en los secretos de otra ciencia mucho mas importante, la de iluminar.

La buena Mme. Toureau, ahora en relaciones íntimas con su vecina, gracias á Julietta, había encargado que no se dijera nada delante de Leonardo respecto á los nuevos talentos adquiridos por la joven, pues quería causarle una sorpresa.

En efecto, una noche del mes de diciembre, día del aniversario del que seis años antes había visto al arrojado cochero salvar á la hija de la catalana de una muerte cierta, al entrar Leonardo en su casa encontró á Julietta engalanada, sentada junto á la chimenea en el sillón de Mme. Toureau, sitio de honor que rara vez cedía á nadie. Al principio no pudo menos de sonreírse al ver las galas de Julietta, sin tratar de adivinar la causa de habérselas puesto, y despues se admiró de que ésta no saliera á su encuentro como hacía habitualmente.

Julietta en una actitud medio teatral, y cuyo efecto había sido estudiado, tenía un libro en la mano y parecía absorta en su lectura; pero Leonardo creyó que estaba simplemente mirando algunas estampas y no fijó la menor atención en ello. Lo que mas le chocó fué ver dos bujías encendidas una en frente de otra sobre la chimenea.

Jamás se habían encontrado dos luces en casa de Mme. Toureau.

Esta iluminación, la presencia de Mme. Lardenais, á quien al fin observó, aunque estaba casi oculta en un ángulo de la sala esperando la explosión para mostrarse, el vestido de Julietta, el de Mme. Toureau, mas escogido que de costumbre y realzado por una trenza de cabellos rubios, sus cabellos de los domingos, no tardaron en darle una idea de que se preparaba alguna gran solemnidad.

— ¡Ola! ¡qué iluminación! ¡dos estrellas resplandecientes y los vestidos de fiesta! exclamó llevándose la mano á la frente, en guisa de saludo militar; ¿viene acaso el rey á cenar con nosotros?

Por toda contestación, Julietta, con una voz conmovida, empezó la lectura de un capítulo de la *moral en acción*, en que se trataba de una niña salvada del mar por un soldado. Inmediatamente Leonardo recordó la fecha del día y se estremeció; creyó que recitaba una lección aprendida de memoria, en loor suyo, lo que le parecía mas que suficiente para llenarle el corazón de alegría; pero cuando se acercó á la lectora y palpitándole el corazón, siguió con la vista las líneas, las palabras que marcaba con el dedo, cuando la vió detenerse, vacilar en algunas, equivocarse, corregirse, en otras, ¡oh! entonces las mismas imperfecciones de la lectura le revelaron la realidad; y quedó estupefacto, inmóvil, como delante de un milagro, no atreviéndose á dar crédito á lo que veía y con la boca abierta preguntaba á su madre con sus miradas estupidas; cuando ésta le señaló con un gesto á la vecina.

Entonces lo comprendió todo, y precipitándose como un loco hacia la viuda Lardenais, la estrechó en sus brazos, é iba á dar gracias á su buena madre con una demostración semejante, cuando se detuvo de nuevo, con admiración al ver que Julietta le alargaba un rollo de papel.

La idea de un presente en regla, de una pieza de caligrafía con advverbios en *mente*, como *invariablemente*, *incontestablemente*, tal como le habían enseñado á él en su infancia, para presentar á su madre que no sabía leer; se ofreció desde luego á su imaginación.

— ¡Cómo! dijo; también sabe escribir!

— ¡Mas qué eso! miralo, exclamó la buena vieja.

Leonardo, no sabiendo que podía hacerse en un papel mejor que letras, desató la cinta azul que sujetaba el rollo, lo deslió, y lo que se presentó á sus ojos no fué nada menos que el Emperador Napoleón con labios de escarlata, ojos azules y mejillas rosadas que podían dar envidia á cualquier muchacha.

Debajo de la litografía iluminada estaban escritas estas palabras: *Pintado por Julietta Toureau.*

Este nombre de Toureau, el nombre de su familia junto con el de Julietta, y que parecía consagrar su adopción, fué tal vez lo que mas conmovió á Leonardo en aquella memorable noche, que terminó con mil abrazos, una ensalada de naranja, y vino caliente.

Jamás se había visto tanta alegría en la habitación de la madre y del hijo, y toda se debía á Julietta. Algunos años despues, una alegría mas viva para el corazón de Leonardo, una explosión mas fuerte, una escena mas tierna pasaba entre estas cuatro personas; pero con la diferencia que debía terminar de otra manera.

Hasta aquella época, el porvenir de Julietta, su suerte futura había estado entre las manos y á discreción de la buena vieja, la que quería hacer de ella una costurera; por este lado su aprendizaje estaba en buen estado; pero el Emperador Napoleón vino á contrariar estas primeras intenciones, á echar por tierra estos planes, como lo había hecho con tantos otros.

Desde que Leonardo tenía á la vista, en un marco de pino con adornos de cobre, la litografía del grande hombre, pintada por Julietta Toureau, pensaba en una suerte mas elevada para su protegida. ¿Por ventura no se había manifestado la vocación verdadera de su pupila en aquel cuadro? Quería que fuese artista de dibujo, de pintura ó de grabado, poco le importaba, pero quería que tuviese una posición en el mundo. Justamente tenía entre sus parroquianos pintores de mérito á quienes consultó sobre lo que había de hacer, y en consecuencia tomó irrevocablemente su partido: Julietta iría á una academia á aprender el dibujo.

Mme. Toureau se opuso á ello desde luego diciendo que había de gastar mucho dinero, y mucho tiempo que perder antes que se sacase utilidad alguna, mientras que siendo costurera, con dos años de paciencia, el trabajo de la joven podía bastar á cubrir sus necesidades y gastos.

*Continuará.*

*Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.*